

---

ISMAEL MARTÍNEZ BIURRUN

---

✦ Mujer abrazada  
a un cuervo

---



*Este es el secreto: si cierra los ojos, Cruz puede ver lugares en los que nunca ha estado, instantes de vidas ajenas, crímenes o abrazos clandestinos detrás de una cortina vaporosa. Y este es el peligro: si no tiene cuidado, su mirada indiscreta podría arrastrarla al otro lado, donde los espectros tienen manos y pueden atraparla.*

Como obsequio por su inminente licenciatura en Medicina, Cruz Montenegro recibe de su padre el encargo de investigar un insólito caso que pone en cuestión toda la historia de la epidemiología europea: un bebé ha muerto con síntomas de peste bubónica en un pueblo del Pirineo, cuatrocientos años después del último brote que asoló el valle. En su búsqueda, Cruz se adentrará en el misterio de una memoria colectiva en la que todavía late la leyenda de una maldición, un romance prohibido, un untador y una extraña figura con rostro de cuervo caminando entre los enfermos.

Con un vibrante pulso narrativo, Martínez Biurrún transgrede los límites entre géneros para concebir un relato tan asombroso como profundamente humano. Una novela que nos descubre los dones y las maldiciones que corren por el ADN de cada familia y de cada individuo.

PAUL FÜRST, *Doctor Schnabel von  
Rom*, 1656

*Para Joel e Iván*

El mal había desaparecido, y no fue porque se descubriera ninguna medicina nueva, ni porque se idease un nuevo método de curación, ni por la experiencia que la práctica hubiera dado a médicos y cirujanos; sino que este cambio procedía evidentemente de la mano oculta e invisible de Dios, la misma que antes había enviado aquel mal como un castigo sobre nosotros. Y que la parte atea de la humanidad califique mis palabras como mejor le plazca; esto no es fanatismo.

DANIEL DEFOE, *Diario del año de la peste*

Ojalá yo fuera especial.

RADIOHEAD, *Creep*

Ella reconoce las figuras que se mueven al otro lado de la cortina. Hace tiempo que aprendió a entrever por la piel venosa del lino, la seda y el algodón tintado; por los colores, los bordados de animales y las costuras que juntan los retales en geometrías caprichosas. Detrás de la cortina hay un extenso jardín anochecido, y a un lado una pérgola con mesa y sillas donde su madre acaba de cenar en compañía de Víctor. Ellos no pueden verla porque Cruz no está allí, ni existe ninguna cortina, aunque ella aproveche el soplo de la brisa nocturna para asomarse por debajo de la tela agitada y escudriñar las expresiones de los rostros. Su madre tiene los ojos perdidos en el cielo, Víctor aplasta mosquitos en sus pantorrillas y habla de Salman Rushdie. La casa que se levanta a sus espaldas es también la de Cruz, porque los recuerdos nunca hacen mudanza, pero ahora no hay luces en las ventanas y el perfil se dibuja plano, como una fachada de atrezo. Huele a césped recién cortado; un trabajo de varias horas, tarea para el hombre de la casa, amante o esposo. De pronto un perro empieza a ladrar en la finca próxima. Los faros de un coche arrojan la sombra de la verja por el jardín y se apagan sobre los pies de Víctor y de mamá. El motor calla, suena un portazo. El primero en levantarse es Víctor, porque Marian (mamá) se ha quedado hundida en su silla. Un hombre rollizo, de canas frondosas y americana con coderas atraviesa la cancela de entrada dando tumbos. Es el padre de Cruz, y ella siente el deseo inmediato de volar hasta él, de olerlo, de arroparlo con su mirada invisible como una sábana de fantasma, pero se ha prometido no salir de detrás de la cortina nunca más, no cruzar el umbral. Puede acercarse lo

suficiente, sin embargo, para sentir el alcohol en el aliento de su padre.

–Gabino. –Muy despacio, mamá junta sus manos detrás de la nuca y se tapa el rostro con los codos—. ¿Por qué tienes que hacer esto?

–Marian... –Papá ha cruzado los primeros metros del jardín, se detiene ante Víctor y le arroja una mirada inestable—: Quiero hablar con mi mujer. En privado.

–Estás borracho. –El amante señala la frontera que acaba de traspasar Gabino. Sus dientes resplandecen en la oscuridad—. Vuelve mañana.

Siguen más palabras, pero Cruz ya no llega a escucharlas porque un zumbido está expandiéndose dentro de sus oídos, sepultándolo todo. No es que importe demasiado; lo que sucede a continuación es pura mímica. El padre intenta zafarse de Víctor con un empujón, pero pierde el equilibrio y cae al suelo. El amante lo ayuda a incorporarse, esquiva un atolondrado puñetazo y después conduce a Gabino sujetándolo por detrás, como un policía, hasta el otro lado de la verja. Mamá sacude la cabeza, aún sentada, acodada en sus rodillas. ¿Llora, o sus lágrimas son una idea inventada por Cruz?

Papá lanza gritos quebrados tras los barrotes. Dice que la ama. Y otras cosas incomprensibles. ¿Ha mencionado el nombre de su hija, o es que se confunden palabras y deseos?

De pronto hace frío. Cruz se concentra en los labios de su padre pero es inútil, el zumbido aumenta, un remolino que la arrastra fuera de la escena. La noche se cierra, la cortina se desvanece, y solo quedan el frío y el rumor de diez mil avispas en su cabeza.

¿Avispas?

No. Voces.

---

|

Voces...

¿A dónde va?

Se ha puesto amarillo de repente.

¿Habrán llamado a una ambulancia?

No hace falta ninguna ambulancia, solo está borracho.

Dicen que estuvo en una clínica de rehabilitación en América.

¿Rehabilitación de qué?

A saber. Cualquiera cosa.

Cruz parpadeó, volvió en sí y se quedó clavada en su butaca. Toda la audiencia de la sala había girado la cabeza para mirarla. Pero no, no a ella, suspiró, sino detrás de ella. Hacia la puerta por donde acababa de salir corriendo el doctor Montenegro, dejando vacío el atril y huérfana de explicaciones a la multitud asistente al IV Congreso Internacional de Virología y Biología Molecular Ciudad de Pamplona. Torsión de cuellos, ojos sin párpados, crepitar de lenguas entre las superficies de haya y las hileras de asientos tapizados en rojo.

Se frotó la cara con las palmas de sus manos, que estaban calientes. Siempre le transpiraba la piel y se traía una leve embriaguez cuando regresaba de *safari* (porque esta era la palabra que ella había usado desde niña, safari,



¿cuál podría ser más apropiada?). Pero el vértigo se iba depositando en sus pulmones igual que un resabio de tabaco y pronto era purgado en dos o tres exhalaciones largas. Tenía una consciencia vaga de lo que había sucedido ante sus ojos abiertos durante aquel breve lapso de ensoñación, aunque era una información de segunda mano y fragmentada como notas adhesivas en la pantalla de un ordenador. Ahora esas notas estaban llenas de exclamaciones y subrayados que decían: «¡¡¡La conferencia ha terminado!!! ¡¡¡Algo malo ha sucedido!!! ¡¡¡Tienes que salir DE INMEDIATO!!!».

Los apuntes que descansaban sobre sus rodillas volaron al suelo cuando se puso de pie y solo pudo atrapar su carpeta a tiempo. Alrededor todo eran hombres y ahora Cruz se los imaginó esperando con avidez el momento en que ella empinase el trasero para recuperar sus papeles. Sigán soñando, doctores. Se escabulló entre los asientos con movimientos rectos, asexuados.

En realidad no estaba gorda, era capaz de mostrarse científica también en sus observaciones ante el espejo y sabía que ningún parámetro de su volumetría se salía escandalosamente de la tabla. Pero incidían otros factores ambientales: el contoneo excesivo de sus caderas al andar (y no digamos al apresurarse por los pasillos de la Facultad entre clase y clase), la nada erótica respuesta gravitatoria de sus pechos sobre el plano inclinado de unas escaleras, la forma en que sus ojos se abismaban bajo las mejillas al sonreír... Ocasionales síntomas de carne mal gestionada.

Sin embargo nadie atendía a sus carnes ni a su torpeza en aquel preciso momento. El protagonista del solemne acto había hecho mutis en mitad de su discurso, casi precipitándose cabeza abajo por los escalones del proscenio, y ahora el resto de oradores cruzaba muecas de desconcierto en la mesa de la tribuna, bajo una pantalla gigante

que se había congelado sobre la imagen de la estructura molecular del VIH.

El primero en salir detrás del doctor Montenegro fue el doctor Nagore, colega de promoción y maestro de ceremonias, adelantando las palmas de las manos hacia el público en señal de tranquilidad mientras desaparecía por la puerta lateral. Luego se levantó la doctora López-Cercedilla, cruzó y descruzó los brazos varias veces y finalmente optó por seguir el mismo camino fuera del auditorio con la mirada fija en sus zapatos. El resto de ponentes no tardó en abandonar su lugar en la mesa, uno tras otro, haciendo bailar las tarjetas colgadas de sus blancos cuellos de catedráticos. Todos huyeron de la sala excepto el neoyorquino doctor Tolbert, quien rellenaba su vaso de Coca-Cola y sonreía concienzudamente como si llevara un rato esperando que sucediera algo así.

La puerta aún no había terminado de cerrarse cuando Cruz la voleó tras la estela del último fugado. Ella también llevaba un documento plastificado al cuello con una foto de carné y gruesa tipografía: MONTENEGRO RUIZ, CRUZ MARÍA, ESTUDIANTE.

Junto a los doctores, varios bedeles de uniforme intensamente preocupados se apretujaban ya en el acceso a los servicios de caballeros. Cruz corrió hacia ellos. Una muchacha con minifalda negra y línea de ojos violeta quiso detenerla.

–Soy su hija –proclamó Cruz.

–¿Eh?

–El doctor Montenegro es mi padre. ¡Papá!

Pudo abrirse paso con los codos hasta el interior, donde el doctor Nagore dejó de tocar en la puerta de una cabina.

–¡Papá! ¡Soy Cruz!

–No puede entrar aquí –Nagore negaba muy deprisa con su rostro largo y leguminoso, rechazando siquiera

considerar las palabras de la intrusa—: esto es el servicio de caballeros.

Se oyó el rebufo de una cisterna, la cabina se abrió y apareció Gabino Montenegro, o una versión aproximada de él. Un mapamundi de humedad se dibujaba sobre su camisa color salmón y las solapas de su americana (que definitivamente no tenía coderas, comprobó Cruz; aquello había sido un toque de patetismo zurcido por su imaginación), y sus ojos se asomaban sobre dos cornisas negras de resaca.

—Campanilla —dijo el eminente doctor, y aunque Cruz hubiera querido disolverse en el aire de pura vergüenza, no pudo resistir el impulso de abrazar a su padre, dejando escurrir nuevamente la carpeta de sus dedos—. Campanilla, no sabes cuánto te he echado de menos. Qué horror. Que nos volvamos a ver de esta forma.

—No pasa nada, papá.

Los dejaron solos al instante. Nadie soporta una escena así.

Gabino atajó el hipo de sus sollozos y se escurrió de los brazos de su hija para enjuagarse la cara en el lavabo. El ambientador industrial era de lilas, inverosímil hasta la obscenidad. Su olor y la luz monolítica de los fluorescentes anestesiaban los sentidos de Cruz, apenas restaurados tras el safari.

—Iba a sentarme en las primeras filas —dijo a la curva de la espalda de su padre—. Pero no quería distraerte.

—Menuda actuación. Una clase magistral.

Consumida la emoción del reencuentro, la voz de Gabino Montenegro recuperó su hechura sanguínea, aplomada. Otra cosa eran los ojos y las mejillas.

—Doy pena —miraba el efecto de la autocompasión en el espejo y no le reconfortaba—. Es hora de que alguien me lo diga a la cara.

—No das pena. Han venido más de dos mil personas a oírte, licenciados y catedráticos.

–Y casi les vomito encima.

–¿Estás mejor?

Gabino se remeti6 la falda de la camisa bajo el mont6culo de su tripa y repas6 su cr6neo desde la frente hasta la nuca, levant6ndose mechones como cuernos blancos. Mir6 con atenci6n a su hija, que se acuclillaba para recoger por segunda vez su carpeta del suelo.

–Est6s guap6sima –dijo con una sonrisa en forma de puente, valorativa–. *Eres guap6sima.*

–Creo que todav6a sigues mareado.

–Tu madre no me cuenta mucho de ti; si tienes novio y esas cosas. Solo que eres una buena estudiante.

–Has... ¿Has hablado con ella?

Vio c6mo se expand6an las aletas de la nariz de su padre y se encogi6 como una alumna sorprendida copiando en un examen. Gabino inspir6 una tonelada de aire y la devolvi6 en palabras que no escond6an mensajes cr6pticos, solo un dolor emanado desde muy abajo, de las v6sceras.

–Anoche fui a casa pero no quiso hablar conmigo. No quiere verme.

Quedaron en silencio porque las explicaciones flotaban entre par6ntesis, de sobra conocidas. Ego6smos. Separaci6n. V6ctor.

Cruz tom6 la tarjeta identificativa de su padre entre los dedos y la estudi6 con una sonrisa. La fotograf6a mostraba a un tipo de pelo negro y boca carnosa, atractivo a grandes rasgos.

–Jes6s, ¿de cu6ndo es esta foto?

–Vale, vale. He engordado y me han salido canas, pero sigo siendo yo, ¿no?

–No soy qui6n para criticar.

–¿A qu6 viene eso? Supongo que no ser6s de las que se visten de negro para parecer m6s delgadas, ¿no?

–¡No! Visto de negro porque me gusta el negro.

–Pues haces mal. El mundo ya es un lugar bastante siniestro. A las chicas os sientan bien los colores. A todo el mundo le sientan bien los colores. Con la excepción de los enterradores y los curas, que juegan en el mismo equipo.

El torso de Nagore asomó tentativamente por la puerta de los servicios. Dijo:

–¿Cómo estás, Gabino? ¿Crees que podrás continuar? La gente pregunta.

Montenegro suspiró una nube de vodka y jugos gástricos.

–Por lo menos tendré que salir a acabar mi discurso, o de lo contrario soy yo el que está acabado. Diles que ahora voy.

–No quiero meterte prisa, pero... ¿crees que tardarás mucho?

–¡Cinco minutos, coño, dejadnos cinco minutos! ¡Que hable Tolbert!

–Ya lo está haciendo.

Por el pasillo llegó el rumor de carcajadas; la audiencia completa del Congreso sacudía el abdomen. Nagore alzó los hombros y desapareció otra vez.

–¿Lo oyes? –Gabino se volvió hacia su hija, señalando el eco de las risas–. Lo que la gente quiere es reírse, no que le hablen de la muerte. Tu madre siempre dice que la medicina no hace feliz a nadie, porque cura pero no salva. Lo único que nos salva es el sacrificio, dice.

–No es eso lo que enseñan en la facultad.

–Ah, sí. –Gabino cambió las lentes internas de su mirada. Asintió, con una mano en la cadera y la otra apoyada en el mostrador de mármol–. Epidemiología Genética. Inteligente elección.

–¿Lo dices de verdad?

–Por supuesto. En realidad, he venido por eso.

–Pensaba que habías venido por el Congreso.

—Hay muchos congresos ahora mismo donde me pagarían mucho más, te lo aseguro. Pero tu madre me contó en qué tenías pensado especializarte.

—¿Y has venido para decirme que te parece una inteligente elección?

—No. He venido para hacerte un regalo. Un regalo anticipado de licenciatura, si quieres. Aunque es mucho más que eso.

El semblante de Gabino no admitía ahora redondeces sentimentales, se cuadraba en un gesto profesional. Cruz estaba fuera de juego.

—Un caso médico —dijo él—. Un caso médico muy particular que me contó Juan Nagore —un ademán hacia la puerta—. La última vez que estuvo en mi casa de Vermont. Por cierto, ya sabes que cuando quieras ir no tienes más que decírmelo, con tu novio o con quien quieras, yo te pago los billetes.

—No tengo novio, papá. —Pero el reproche era de papel transparente, y debajo se veía la culpa como un caramelo ácido atravesado en la garganta de Cruz: ella aún no había visitado a su padre.

—Bien, escucha. —Gabino acometió por primera vez la verticalidad sin ningún apoyo; usaba sus manos para exponer el caso ante los ojos de Cruz—. Una mujer da a luz a un bebé. Ella está sana, pero el bebé tiene fiebre y se muere a los pocos minutos sin que los médicos puedan hacer nada. Hemorragia interna masiva. Las causas son desconocidas.

—¿En qué país ocurre?

—España. Navarra. Siglo veintiuno. Pero tu pregunta es pertinente, porque casualmente el doctor que atiende a la mujer ha estado en África y la muerte del niño le recuerda a otro niño que vio morir por ébola en Gabón.

—¿Y la madre no estaba enferma?

—No. Ni era portadora ni había estado en África en toda su vida.

–Entonces... estamos hablando de una fiebre hemorrágica de origen desconocido.

Gabino estiró los dedos pulgar y meñique de su mano derecha y se los acercó a la oreja: un teléfono.

–El médico del hospital llama a Juan Nagore porque no sabe qué poner en el parte, Juan le hace una visita, y luego Juan cruza el océano para llevarme la historia. Me dice lo que te acabo de decir y algo más. La sorpresa. La razón por la que Juan sabía que me iba a interesar el caso y por la que yo te lo estoy regalando a ti, para que ganes el Premio Nobel de Medicina.

Cruz rio, pero notaba la espalda rígida como una tabla. Gabino se barrió la humedad de los labios con la palma de la mano y continuó:

–La madre y Juan mantienen una breve conversación, un par de semanas después de la muerte del niño. Ella es reacia a hablar: lógico, quiere olvidarlo todo y no le gusta que le hagan preguntas porque se siente culpable, aunque no sabe de qué.

–Sida –apostó Cruz. Una mueca apreciativa se ensanchó en la cara del padre.

–Bien visto, pero la madre también da negativo al VIH.

–¿Una mutación?

–Chst –Gabino levantó una mano–. Aguarda. Juan Nagore intenta ganarse la confianza de la madre; le dice que es importante averiguar de qué murió su bebé para garantizar que pueda tener otros hijos sanos en el futuro, etcétera, etcétera. Pero ella le responde que da igual, que de todas formas no podrá tener hijos. Porque hay una maldición en su familia.

–Una maldición.

–Sí. Te estoy hablando de una mujer de veintitrés años, solo un año mayor que tú, con estudios, inteligente y normal.

–¿Y qué dice la maldición?